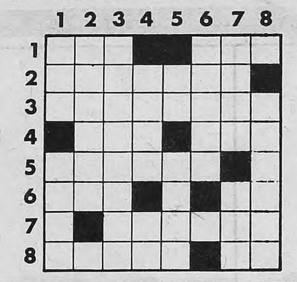
Con censura 6

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Poeta. / Sistema de puntaje, en el ajedrez.
2. Gran número de personas que van juntas hacia un lugar.
3. Mostrarse, manifestarse.
4. Filón metálico. / Pron. demost. masc.
5. Acertar.
6. Liviano, sutil. / Vosotros.
7. Ave palmípeda, de plumaje blanco, que vive en las costas.
8. Sitial regio, con gradas y dosel. / Terminación verbal.

VERTICALES

1. Hembra del toro. / Galicismo por "criado, sirviente".
2. Alfombra pequeña.
3. Relativo al verano.
4. Labran la tierra con el arado. / Se dirigen.
5. Vertebrado ovíparo, de sangre caliente. / Cambió.
6. Ganar, triunfar.
7. Limpies con agua. / Emite el sufragio.
8. Volver a examinar una cosa para repararla o corregirla.

SOLUCION 6

Letra censurada: La N.
Horizontales: 1) Ninguno / Tri. 2) Ganadores. 3) Ur / Nodo. 4) Anaconda. 5) Ata / Oblen. 6) Itera. 7) Onza / Té. 8) Sordina.
Verticales: 1) Iguana / Nos. 2) Garantizo. 3) Una / Catar. 4) Odio. 5) Dormí. 6) Tronaba. 7) Red. 8) Insolentes.

Verano/12

Sueños de verano

LA CAPELINA DEL RECUERDO

(Por Miguel Briante) Ella pensaba siempre en Ostende, en Ostende. El había estado, una vez. En la memoria —mientras ella hablaba, hablaba— le salía ese vago, perdido dibujo de casas enterradas en la arena. Ella empezaba en la costanera: "Era igual que allá —insistía—, en Bélgica, en el balneario de Ostende: la costanera, el hotel, el hotel de Ostende". La palabra es linda, suena, suena a sueño: está entre Pinamar y Gesell, a tiro de playa de Pinamar, no tan lejos de Cariló, donde veranea Caputo, y es tan paquete. Ella decía: "Mamá, en ese tiempo, a la tardecita, paseaba con esa capelina que tengo en el cuarto". El pensaba: "Decí pieza, decí", mientras tocaba, como sin querer, la brea del techo que se iba calentando con el sol, cuadradito que ella llamaba terraza. "Llegábamos hata Madariaga con el Bentley —decía ella— y ahí nos esperaba la calesa, y Abuelo gustaba de manejar las riendas. Puros médanos."

Antes de tener la verdulería, él había estado. En ese tiempo preguntaba. Entró al hotel de Ostende por el primer piso, haciendo equilibrio en un tablón. "Tiempos en que iba Frondizi, con su familia", tira ella, y agrega: "Pero la vajilla ya no era de cristal de bacará". Pero él sabe: en la Primera Guerra Mundial, gente de plata, en Bélgica, decidió mudarse a esta tierra de promisión, por si las moscas. "Y entonces vimos este lugar —recuerda que le dijeron, cuando todavía preguntaba— y compramos, y ahí copiamos el Balneario de Ostende: hicimos igual la costanera, el Hotel, la Capilla". Un hombre viejo, en un criollo trabajoso, se lo había dicho. Y también: "Pero no fuimos como don Carlos Gesell, que se avivó —se avivó quería decir— que había que fijar los médanos con pinos". "Así que todo, la capilla, el hotel, las casas —le dijo, al fin, el viejo pionero— se fue enterrando, comido por los médanos".

"Estaba el tren —le decía ella, en el techito que llama terraza—; salía de la estación Tokio". Lo sabe; se lo contaron. Los belgas contrataron japoneses, que era mano de obra barata, y los materiales para la construcción llegaban hasta ahí y después los japoneses los cargaban en el trencito. "Abuelo manejaba las riendas de la calesa. El material iba en el trencito, que era de vías movibles. En las tiradas largas de arena lisa —dice, o él recuerda— la vía era tipo normal". Pero cuando los médanos se ponían altos, el japonés paraba el trencito, y otros japoneses sacaban la vía de atrás y la ponían adelante, para que se amoldara al médano, como mecano, y así, despacio, iban llegando los materiales. "Teníamos casa, cerca de la capilla, que también está enterrada."

Por eso, esta Navidad, habló con el socio: "Prestame la camioneta —le dijo—, total en verano no hay tanto trabajo". Y se le presentó a la mujer —después de haber pasado por la Casa del Deportista— con el equipo: la carpa, la bolsa de dormir de dos plazas, el calentador y el sol de noche a gas, de garrafa chica. "Bueno —le dijo—, preparate, y traé la capelina."

A la mañana, por el frío, él sale de la carpa, con la musculosa. Sabe que en la memoria de ella —contra la arena, donde no bulle la brea— es cierto que la casa de la infancia estuvo ahí. Se pone a trabajar con la pala. Ayer ella gritó: "Llegaste —gritó—, acá estaba el cuarto de los menores. Más allá, mamá, con la capelina a un costado, jugaba a la canasta".

El cava, cava con la pala ancha. Le dice que espere. "Esperá, esperá. Primero está tu casa. Pero si sigo, la costanera de Ostende va a volver a estar contra el mar."

LECTURAS

En algún rincón de este mundo vive un filósofo excepcional, una chica que se llama Florie Rotondo.

El otro día, en una revista que recopila redacciones de colegiales, di con una de sus reflexiones. Decía así: *Si pudiese hacer lo que quisiera, me iría al centro de la Tierra, nuestro planeta, y buscaría uranio, rubíes y oro. Intentaría encontrar Monstruos Perfectos. Después me iría a vivir al campo. Florie Rotondo, ocho años.*

Florie, cariño, sé muy bien a qué te refieres, aunque tú misma no lo sepas: ¿cómo podrías saberlo, con sólo ocho años?

Porque yo he *estado* en el centro de la Tierra. O, en cualquier caso, he padecido las tribulaciones que un viaje de ese tipo puede infligir. He buscado uranio, rubíes, oro y por el camino, he observado a otros que buscaban lo mismo. Y escúchame, Florie, ¡he encontrado Monstruos Perfectos! Y también Imperfectos. Aunque la variedad de los Perfectos sea *rara avis*, como lo son las trufas blancas comparadas con las negras y los espárragos silvestres frente a los de la huerta. Lo único que no he hecho ha sido irme al campo.

De hecho, estoy escribiendo esto en las cuartillas del YMCA, de un YMCA de Manhattan donde he estado viviendo este último mes, en una celda sin vistas de la segunda planta. Habría preferido la sexta, ya que si decidiera tirarme por la ventana la diferencia sería vital. Quizá me cambie de habitación. Quizás ascienda. Aunque es probable que no lo haga. Soy un cobarde, pero no lo bastante cobarde como para dar el salto decisivo.

Me llamo P. B. Jones, y no sé qué hacer, si hablarles de mí ahora mismo o esperar e ir intercalando la información en el desarrollo de la historia. También podría no contarles nada, o muy poco, ya que en este asunto me considero más un reportero que un participante, pues como participante casi no importo. Pero quizá sea más fácil si empiezo por mí mismo.

Como digo, me llamo P.B. Jones. Tengo treinta y cinco o treinta y seis años. El motivo de esta incertidumbre es que nadie sabe cuándo nací ni quiénes fueron mis padres. Todo lo que sabemos es que fui un bebé abandonado en el gallinero de un teatro de variedades de St. Louis. Esto ocurrió el 20 de enero de 1936. Me criaron unas monjas católicas en un austero orfanato de ladrillo rojo levantado sobre un terraplén que da al río Mississippi.

Yo era el preferido de las monjas, ya que era un muchacho brillante y muy guapo. Nunca se percataron de lo perverso y traicionero que yo era, ni de cuánto despreciaba su monotonía y su aroma a incienso y agua de fregar, a cirios y creosota, a sudor inmaculado. Le tomé bastante cariño a una de ellas, la hermana Martha. Enseñaba inglés y estaba tan convencida de que yo tenía cualidades para la literatura que hasta me convenció a mí mismo de que así era. A pesar de todo, cuando dejé el orfanato, cuando me escapé, no le dejé ninguna nota ni volví a ponerme en contacto con ella: algo típico de mi naturaleza indolente y oportunista.

Me puse a hacer auto-stop sin tener pensado ningún destino en particular. Me cogió un hombre que conducía un Cadillac blanco descapotable. Un tipo robusto con la nariz partida y la tez enrojecida y pecosa de un irlandés. Nadie lo habría tomado por un marica, y sin embargo lo era. Me preguntó adónde me dirigía, y yo me limité a encoger los hombros. Quiso saber mi edad y le dije dieciocho, aunque en realidad tenía tres años menos. Con una sonrisa forzada me dijo:

—Bueno, no quisiera corromper la moralidad de un menor.

Como si yo tuviera alguna *moralidad*.

Después, de un modo solemne dijo:

—Eres un muchacho bien parecido.

Y era verdad. De baja estatura, uno setenta (y al final uno setenta y dos), pero fuerte y bien proporcionado, con el pelo castaño claro rizado, ojos pardos y un rostro especularmente anguloso. Observarme en el espejo me resultaba siempre una experiencia reconfortante. De modo que cuando Ned se lanzó al ataque, pensó que tenía fruta fresca entre sus manos. ¡Ja! ¡Con lo temprano que había empezado yo! A los siete u ocho años, más o menos, ya había conocido toda la gama, desde numerosos chicos mayores hasta varios curas, pasando incluso por un guapo jardinero negro. En realidad, yo era una especie de puta barata. Había pocas cosas que no hubiese hecho por cinco centavos de chocolate.

Aunque viví varios meses con él, no me acuerdo del apellido de Ned. ¿Ames? Era masajista jefe de un gran hotel de Miami Beach, una de esas guaridas de judíos inactivos de color pastel y nombre francés. Ned me enseñó el oficio, y después de abandonarle me gané la vida como masajista en una serie de hoteles de Miami Beach. De ese modo tuve un buen número de clientes particulares, hombres y mujeres a quienes daba masajes y les enseñaba ejercicios corporales y faciales, aunque los ejercicios faciales sean todos una estafa. Chupar pollas es el único eficaz. No es ninguna broma. No hay nada como eso para dar firmeza a las mandíbulas.

Gracias a mi ayuda, Agnes Beerbaum mejoró admirablemente sus líneas faciales. Mrs. Beerbaum era viuda de un dentista jubilado de Detroit que se había ido a vivir a Fort Lauderdale, donde sufrió enseguida una fatal trombosis. No era rica, pero tenía dinero, además de dolores en la espalda. La primera vez que entré en su vida fue para aliviarle los espasmos vertebrales, y una vez dentro, me quedé el tiempo suficiente para acumular mediante regalos que complementaban mi tarifa normal, una cantidad superior a los diez mil dólares.

Fue en ese *momento* cuando debería haberme ido al campo.

Sin embargo, compré un billete de autobús que me llevó a Nueva York. Mi equipaje era una maleta con muy pocas cosas, únicamente ropa interior, camisas, una bolsa de aseo y un montón de cuadernos con borradores de poemas y unos cuantos relatos cortos. Tenía dieciocho años, era el mes de octubre y nunca se me ha ido de la memoria el resplandor de Manhattan en octubre conforme se aproximaba mi autobús a través de los malolientes pantanos de Nueva Jersey. Como Thomas Wolfe, ídolo antaño admirado y ahora olvidado, habría escrito, ¡oh, cuántas promesas albergaban aquellas ventanas! Frías y ardientes bajo el brillo rizado de un sol de otoño que se desploma.

Desde entonces me he enamorado de muchas ciudades, pero tan solo un orgasmo que durase una hora podría superar el éxtasis de mi primer año en Nueva York. Por desgracia, decidí casarme.

Quizá lo que yo quería por esposa era la ciudad en sí misma, la felicidad que allí sentía y la sensación de fama, la fortuna, eran inevitables. Pero, ¡ay de mí!, me casé con una chica: una amazona exangüe, pálida como el vientre de un pescado, con una cabellera de estopa amarilla y ahuevados ojos lilas. Era mi compañera de estudio en la Universidad de Columbia, donde me había matriculado en un curso de redacción creativa que daba Martha Foley, una mujer que figura entre los directores fundadores de la antigua revista *Story*. Lo que me gustaba de Hulga (sí, ya sé que Flannery O'Connor llamó Hulga a una de sus heroínas, pero no estoy plagiando nada, es pura coincidencia) era que nunca se cansaba de oírme leer mis obras en voz alta. En general, el tema de mis cuentos era el polo opuesto a mi carácter, es decir, eran cuentos tiernos y *tristes*. Sin embargo, Hulga opinaba que eran hermosos, y sus grandes ojos color lila se cargaban gratamente de lágrimas al final de cada lectura.

Al poco de casarnos descubrí que había una excelente razón por la que sus ojos tenían aquella maravillosa serenidad de retrasada mental. Era una retrasada mental. O casi, maldita sea. Con toda seguridad, no era ninguna lumbrera. Mi buena Hulga, una mole sin pizca de humor y sin embargo, tan delicada y remilgadamente limpia, toda una mujercita de su casa. No tenía la menor idea de



PLEGARIAS RESPONDIDAS

Cuando murió, en agosto de 1984 y en Estados Unidos, Truman Capote ya había ganado su espacio en la literatura: las novelas *A sangre fría, Desayuno en Tiffany's* y los relatos de *Música para camaleones* le bastaron para conseguir ese lugar. A su muerte trabajaba en la novela, que será editada por Sudamericana a mediados de año, a la que pertenece este fragmento.

Por Truman Capote

mis auténticos sentimientos hacia ella, al menos no la tuvo hasta Navidad, cuando sus padres vinieron a hacernos una visita. Eran un par de bestias suecas de Minnesota, una pareja de mamuts, dos veces el tamaño de su hija. Vivíamos en un piso de una habitación y media cerca de Morningside Heights. Hulga había comprado uno de esos árboles de Navidad tipo Rockefeller Center, que ocupaba desde el suelo hasta el techo de pared a pared. El maldito trasto se chupaba todo el oxígeno de la atmósfera. ¡La que armó Hulga, la fortuna que se gastó en esa mierda de Woolworth! El caso es que odio las navidades porque, perdonen ustedes la nota lacrimógena, siempre fue la época más deprimente en mi orfanato de Missouri. De modo que en Nochebuena, minutos antes de cuando suponíamos que iban a llegar los padres de Hulga para el bailecito de navidades, perdí de repente èl control: me cargué el árbol, y trozo a trozo se lo fue tragando la ventana entre llamaradas de plomos fundidos y bombillas hechas añicos; entretanto, Hulga no dejó de aullar como un cerdo medio descuartizado. (¡Atención, estudiantes de literatura! Aquí hay alteración ¿lo habéis notado?, es mi vicio más pequeño.) También le dije lo que pensaba de ella, y por una vez sus ojos perdieron su inocente idiotez.

En ese momento aparecieron papá y mamá, los gigantes de Minnesota: suena a un equipo homicida de hockey, y así es como reaccionaron. Me estuvieron sacudiendo de un lado a otro entre los dos, y antes de que yo perdiera el sentido ya me habían roto cinco costillas, astillado la espinilla y dejado los dos ojos morados. Por lo visto, después empaquetaron a su niña y se la llevaron a casa. En todos estos años no he vuelto a tener noticias de Hulga, pero, que yo sepa, seguimos legalmente unidos.

¿Les resulta familiar el término "loca asesina"? Es cierto tipo de marica cuyo flujo sanguíneo está refrigerado con freón. Diaghilev, por ejemplo, J. Edgar Hoover. Adriano. No es que quiera compararle con estos personajes de pedestal, pero el sujeto en el que estoy pensando es Turner Boatwright, Boaty, como le llamaban sus cortesanos.

Mr. Boatwright era el director literario de una revista femenina que publicaba novelas de escritores de "calidad". Me llamó la atención, o más bien se la llamé yo a él, un día que dio una conferencia en nuestra clase de composición. Yo estaba sentado en la primera fila, y por el modo en que sus fríos ojos, que me observaban la entrepierna, se dejaban atraer hacia mí, supe lo que rondaba por aquella cabecita de cabellos grises bastante rizados. Vale, pero decidí no resultarle ninguna ganga. Después de la clase, los alumnos se agruparon a su alrededor para charlar con él. Yo no. Me largué sin esperar a que nos presentaran. Pasó un mes, y durante ese tiempo pulí dos de los que yo consideraba mis mejores relatos: "Bronceado", que trataba de los putos playeros de Miami Beach, y "Masaje", que contaba las humillaciones que padece la viuda de un dentista servilmente enamorada de un masajista adolescente.

Con los manuscritos en la mano, fui a visitar a Mr. Boatwright sin haber sido citado. Me fui a la redacción de la revista y le pedí al recepcionista que le dijera a Mr. Boatwright que uno de los alumnos de Miss Foley había ido a verle. Estaba seguro de que sabría de quién se trataba. Pero cuando por fin me acompañaron a su despacho, fingió no recordarme. A mí no me engañaba.

El despacho era de lo más formal. Parecía un salón victoriano. Mr. Boatwright estaba sentado en una mecedora de mimbre junto a una mesa que servía de escritorio y de la que colgaban los flecos de un tapete. Frente a la mesa había otra mecedora. El director literario, con una expresión soñolienta destinada a disfrazar su estado, alerta como una cobra, me indicó con un gesto que me sentara (como descubrí más tarde, su mecedora tenía un cojín pequeño con una inscripción bordada que decía: MADRE). Aunque era un abrasador día de primavera, las cortinas, que eran de pesado terciopelo y de tono castaño rojizo, estaban echadas. La única luz procedía de dos lamparillas de estudiante, una con la pantalla de color rojo oscuro y la otra verde. Un lugar interesante, el cubil de Mr. Boatwright. Saltaba a la vista que la dirección le concedía grandes comodidades.

—¿Y bien, Mr. Jones?

Le expliqué el motivo de mi visita. Le dije que su conferencia en Columbia me había causado muy buena impresión por la sinceridad en su voluntad de ayudar a autores jóvenes, y le hice saber que traía conmigo dos cuentos que deseaba someter a su consideración.

Con una voz que daba miedo por su agudo sarcasmo, dijo:

—¿Y por qué ha optado usted por presentármelos en persona? El método habitual es por correo.

Yo sonreía, y mi sonrisa siempre es una proposición insinuante y, en efecto, así suele ser interpretada:

—Temí que no los leyese. Ya sabe, un autor desconocido, sin agente... No creo que lleguen a su mesa muchos relatos así.

—Me llegan si son buenos. Mi ayudante, Miss Shaw, es una lectora de mucho talento y sumamente perspicaz. ¿Qué edad tiene usted?

—En agosto cumpliré los veinte.

—¿Y se considera usted un genio?

—No lo sé —lo cual no era cierto, estaba seguro de serlo—. Por eso estoy aquí. Me gustaría saber su opinión.

—Le diré lo siguiente: es usted ambicioso. ¿O se trata de un simple arrebato? ¿Qué es usted? ¿Judío?

Mi respuesta no dijo mucho en mi favor. Aunque relativamente carezco de autocompasión (bueno, eso creo), nunca me he privado de sacar partido de mis antecedentes con el fin de causar una ventajosa compasión.

—Es posible. Me crié en un orfanato. Nunca llegué a conocer a mis padres.

Con todo, el caballero ya me había clavado su rodilla con una precisión dañina. El ya sabía por donde iba yo, pero yo no estaba tan seguro de lo contrario. Por aquella época yo era inmune a los vicios mecánicos, fumaba raras veces y nunca me emborrachaba. Pero en ese momento, sin pedir permiso, cogí un cigarrillo de una caja de caparazón de tortuga que tenía cerca. Al encenderlo ardieron todas las cerillas de la caja y en mi mano se prendió una hoguera minúscula. Me puse en pie de un brinco, retorciéndome la mano entre gemidos.

Mi anfitrión se limitó a señalarme fríamente las cerillas, que se habían caído y seguían ardiendo, y dijo:

—Cuidado, apague eso con los pies. Va a estropear la alfombra.

Y acto seguido.

—Venga aquí, deme su mano.

Separó sus labios. Poco a poco su boca absorbió mi dedo índice, que era el que estaba más chamuscado. Se sumergió el dedo en las profundidades de su boca, se lo sacó y volvió a sumergirlo, como un cazador que estuviera sacando el peligroso líquido de una mordedura de serpiente. Hizo una pausa y me preguntó:

—Bueno, ¿se siente más aliviado?

El vaivén se había invertido. Se había producido una transferencia de poderes, o eso es lo que estúpidamente creí.

—Sí, mucho. Gracias.

—Muy bien —dijo, y se levantó a echar el cerrojo de la puerta del despacho—. Ahora seguiremos con el tratamiento.

NARIZ DE AGUILA

Por **COPI**

¡Oh, gran totem!
¡El cacique Nariz de Aguila quiere hablar contigo!
¡Hazle pasar!
¡Te recibe, Nariz de Aguila!
¿Está de buen humor?
Está tranquilo. Hace la digestión. Acaba de comerse un búfalo.

¡Otro!
¿Qué me han contado? ¿Te has comido otro búfalo?
¡No es culpa mía si no soy lo bastante alto como para comerme águilas!
¡No insultes a las águilas!
¡Has diezmado mi rebaño de búfalos!
¡A este ritmo, de aquí a fin de año, nos quedaremos sin ganado!

¡Los totems de las otras tribus se contentan con un cordero el día de su santo!
¡Ya arruinaste a mi padre tragándote su rebaño de jabalíes!
¿Qué hace para atraerlos?
¿Se los traes tú?
¡Dime la verdad, pequeño Nariz de Patata!
¿Yo? ¡Tú estás loco, Nariz de Aguila!

¡Me imaginas atrapando un búfalo?
Pero, entonces, ¿quién es su cómplice?
¡Nadie! Yo creo que les silba como si fueran perros!
¡Pondré bolas de cera en los oídos de los búfalos!
¡Además, voy a venderte!
¡Ja! ¡Ja!
¡Ji! ¡Ji!

EDITORIAL ANAGRAMA

CONTINUARA

JUEGOS

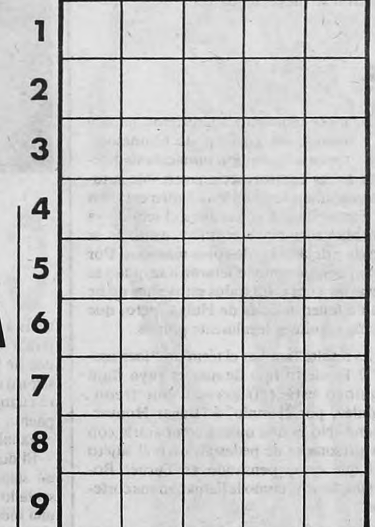
U	O	A	E	D	E	T	H	A	K
S	C	T	N	I	M	O	T	I	O
E	L	D	T	L	H	E	L	G	C
H	A	C	O	M	Y	O	I	A	U
U	T	G	R	E	K	L	B	O	A
R	N	W	V	F	T	S	R	T	R
Ñ	I	O	N	T	O	L	A	I	T
A	U	F	D	A	L	R	G	N	E
A	Q	U	I	F	E	P	C	A	R
L	R	D	T	O	I	R	I	E	O
P	E	R	B	S	N	Ñ	E	P	N
O	D	A	N	O	C	Z	D	M	U
J	I	T	E	L	O	T	A	O	S

7 "LA SOPA DEL 7"

Encuentre 7 tipos de números que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

7 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas".



DEFINICIONES

1. Cualidad de los objetos.
2. Segunda porción del intestino grueso.
3. Animal de cola cortada.
4. Medida de capacidad.
5. Reproducción de un escrito.
6. Pueblo de Cáceres (España).
7. Fuste de columna.
8. Funda de cuero.
9. Señal.

7 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	0	4	3	0	3
3	8	5	7	2	0
4	2	1	0	1	1
9	0	1	7	2	0

				B	R
				4	0
3	8	6	9	0	3
5	3	7	8	0	2
6	0	1	9	1	0
7	4	5	2	1	0

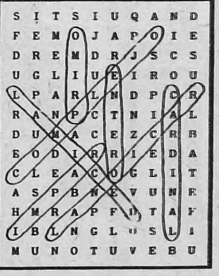
SOLUCIONES

6

"TRANSFORMACION"

CICLO
CICLA
CILLA
COLLA
CORLA
CORIA
SORIA
SERIA
SERIE

"LA SOPA DEL 7"



S	I	T	S	I	U	Q	A	N	D
F	E	M	O	J	A	P	O	I	E
D	R	E	M	D	R	J	S	C	S
U	G	L	I	U	E	I	R	O	U
L	P	A	R	L	N	D	P	C	R
R	A	N	P	C	T	N	I	A	L
D	U	M	A	C	E	Z	C	R	B
E	O	D	I	R	R	I	E	D	A
C	L	E	A	C	O	G	L	I	T
A	S	P	B	N	E	V	U	N	E
H	M	R	A	P	F	D	T	A	F
I	B	L	N	G	L	O	S	L	I
M	U	N	O	T	U	V	E	B	U

NUMERO OCULTO

1. 4085
2. 9038